

aquel soplo del origen que nos dejó abandonados y desnudos en medio del Universo. ¿Qué podríamos hacer, entonces? Unimos en el amor, la solidaridad, la justicia, el trabajo como un acto de fundación o una ceremonia de alabanza, la fiesta, el prodigio de la fiesta, del juego, de las artes, y los instantes de plenitud que corresponden a nuestras partículas de eternidad. Aunque estén amenazados por el sufrimiento y la injusticia, los personajes de José Luis González participan de cierta sabiduría popular y no son insensibles al desamparo del resto de los hombres. Por eso aparecen los niños, siempre los niños, y aquellos abuelos que constituyen la recuperación en calma, desde lejos, de las visiones infantiles: sirva de ejemplo aquel zorzal enterrado en el corazón del flamboyán cuyo follaje es la metáfora de todo lo oculto. Follaje y nostalgia son lo mismo en esta escritura aparentemente ingravida. Follaje que también es exilio: pérdida de aquel flamboyán que alguna vez no estuvo separado del zorzal de cabeza parda, y aún es como el vientre materno. Aquel pájaro advierte el peligro mortal —dice el narrador en el texto *El abuelo*—, y ese peligro es una levísima perturbación del aire. Comparto la misma experiencia, puesto que en mi exilio también aparece y desaparece el temblor de un zorzal, no, miento, más bien de un gorrión de cabeza parda enterrado en el corazón de un damasco cuyo follaje es la metáfora de todo lo oculto, aquello que tal vez se perdió y puede resucitar de pronto, en un suspiro, como el tic-tac de un reloj subterráneo.

La nostalgia es el corazón del reloj, un corazón memorioso y amnésico, a veces, una chispa siempre imprevista y sorprendente. El pulso de la extrañeza ubicada en el corazón de los exilios, como alguna vez nos advirtió Augusto Monterroso: "Todo exilio es plural, nunca lo olvidas". Ahora recuerdo que caminábamos por uno de los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, después del mediodía, y lentamente le dije a José Luis González: "No sabes cómo he vivido tu misma extrañeza, tu nostalgia, pero sospecho que de allí surge el poder del asombro que nos mantiene con vida, sumergidos en el movimiento perpetuo de la infancia que aún perdura en nuestro corazón".

Quise decirle que éramos como Pichirilo Sánchez o, más bien, como la presente y ausente bicicleta de Pichirilo, aquel sueño circular volando entre el sillín y el manubrio, pero me contuve. Debo confesar, por último, que al leer y releer sus antiguas y nuevas historias, habíamos vuelto a ser gente. ♦

Convergencias y divergencias. Algunos recuerdos del quehacer académico de Ignacio Osorio

Roberto Heredia

Ignacio y yo nos conocimos a mediados de 1960 en la Facultad de Filosofía y Letras. Yo acababa de regresar de España, a donde había ido a estudiar el tercer año de la licenciatura de Filología Clásica gracias a una beca del Instituto de Cultura Hispánica, y estaba inscrito entonces en el tercer año de Letras Clásicas; él cursaba el primero o el segundo, no recuerdo con exactitud. Éramos diez o doce alumnos en toda la carrera. Cuando la oportunidad se presentaba, nos gustaba recordar que en aquellos días adolescentes habíamos tomado juntos nuestras primeras cervezas en mi departamento de la colonia Roma. El pequeño mundo de las letras clásicas de nuestra Universidad debe reconocernos, a Ignacio y a mí, una buena acción de entonces: mediante una pequeña rebelión estudiantil conseguimos que se incorporara a la Facultad de Filosofía y Letras, como profesor de Latín, Rubén Bonifaz Nuño.

Poco tiempo después nuestro profesor de Cultura griega y Cultura latina, Manuel Alcalá, nos llevó a trabajar en la Biblioteca Nacional, de la cual era director. Ignacio permaneció allí varios años; yo me fui en 1964 al Archivo General de la Nación.

No recuerdo con qué motivo el licenciado Jesús Castañón, director del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*, se había propuesto publicar en esa revista las semblanzas biobibliográficas de algunos humanistas mexicanos. El maestro Rafael Moreno nos encargó, a Ignacio, la de Diego José Abad, a mí, la de Anastasio de Ochoa y Acuña. Aquella fue publicada en el número 210, del 10 de diciembre de 1960; ésta, en el número 211, del 11 de diciembre de 1960. Así fue nuestra entrada triunfal en el mundo de las letras.

Del Archivo General de la Nación yo pasé en 1966 a la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Ignacio, en la Biblioteca Nacional, fue secretario de redacción del *Boletín* de esa institución entre 1965 y 1972. Yo, en la Comisión de Historia, cumplí también, ex-officio, de 1966 a 1972, la función de secretario de la *Revista de Historia de América*.

La organización del Centro de traductores de lenguas clásicas en 1967 por iniciativa del doctor Rubén Bonifaz Nuño, y después,

en 1973, una vez fundado el Instituto de Investigaciones Filológicas, del Centro de Estudios Clásicos, nos volvió a reunir. Ignacio trafa una larga experiencia académica, nutrida en la convivencia con maestros como José Ignacio Mantecón, Ernesto Mejía Sánchez, Ernesto de la Torre y el mismo Manuel Alcalá, y una intensa y dolorosa experiencia política forjada en las luchas del 68. Poco tiempo después comenzaron a aparecer nuestros primeros libros: Ignacio publicó *Tópicos sobre Cicerón en México*, *Florista de gramática y retórica* y *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en la Nueva España*; yo, *Las sátiras de Juvenal*, *Diálogo sobre los oradores*, de Tácito y *Apolocintosis del divino Claudio*, de Séneca.

Con Germán Viveros, compañero de años anteriores en la Facultad y director entonces del Centro de Estudios Clásicos, varios investigadores soñamos primero, y después planeamos e iniciamos la publicación del anuario *Nova Tellus*. Ignacio propuso el nombre; lo había tomado de un poema latino inédito del siglo XVI, escrito por un jesuita novohispano apellidado Peña:



O nova pars mundi, *Nova Tellus* et novus orbis perge....

Tres secciones fijamos desde entonces a nuestro anuario: filología griega, filología latina y filología neolatina. Durante los primeros años solicitamos con insistencia colaboraciones de profesores connotados de nuestro país y del extranjero; ahora esta publicación ha adquirido un prestigio notable, tanto por sus secciones de filología griega y latina, como por la de filología neolatina, campo que nos toca descubrir y estudiar. Ignacio había dedicado totalmente su atención a esta área, a partir de un ambicioso proyecto de investigación sobre la enseñanza del latín en la Nueva España. Las ramificaciones de este tema lo llevaron a adentrarse en ámbitos diversos de la cultura colonial y lo convirtieron en un profundo conocedor de la literatura, la educación y la bibliografía de ese periodo.

Trascendental para la orientación de los trabajos del Centro de Estudios Clásicos y, en general, para la investigación de la cultura mexicana, fue el proyecto, propuesto por Germán Viveros en 1981, referente al inventario y estudio de todos los materiales bibliográficos y documentales, mexicanos o referentes a México, escritos en latín. Algunos investigadores del Centro, Ignacio y yo entre ellos, apoyamos con decisión el proyecto y empezamos a trabajar en él. Sabíamos que se trataba de un programa

ambicioso y prolongado, que debía cumplirse por medio de proyectos parciales, para cuya realización se requería un buen número de participantes y la colaboración de otras instituciones nacionales y extranjeras.

El primer paso que se dio en este proyecto, fue la elaboración de los catálogos de textos latinos impresos en México en los siglos XVI, XVII y XVIII. A Silvia Vargas se encomendó el catálogo del siglo XVI, y ya fue publicado. El del siglo XVII pasó de unas manos a otras, y por ahora está suspendido. Ignacio se hizo cargo del correspondiente al siglo XVIII, e inició su trabajo por un filón de impresos que no había sido considerado ni por José Toribio Medina ni por Nicolás León: las tesis presentadas en las varias facultades de la Real y Pontificia Universidad, que se conservan en el ramo "Universidad" del Archivo General de la Nación. Tres años trabajó en esta parte del catálogo, y casi la terminó: el producto son unas dos mil trescientas cuartillas, que preparaba ya para la imprenta.

El segundo paso en la realización del proyecto fue la celebración de un convenio con la Universidad "La Sapienza" de Roma, firmado en 1981, en el cual se contempla la estancia en Italia de dos investigadores mexicanos por año, y en México de dos investigadores italianos, para la realización de tareas concretas de investigación. Este compromiso se ha cumplido rigurosamente y ha dado excelentes frutos. Ignacio participó activamente en él; gracias a dos o tres estancias en Roma pudo completar tres trabajos, aparte de otros escritos menores, que ya tenía muy adelantados o casi concluidos: *Antonio Rubio en la filosofía novohispana*, publicado en 1988, *La enseñanza del latín a los indios*, impreso en 1990, y *La luz imaginaria. Epistolario de Atanasio Kircher con dos intelectuales novohispanos*, actualmente en prensa.

Otros convenios nacieron de aquel proyecto. En 1985 se organizó un grupo de trabajo, formado con investigadores del Centro de Estudios Clásicos y del Instituto de Investigaciones Jurídicas, con el objeto de traducir textos fundamentales del derecho romano e hispánico, y de inventariar, estudiar y traducir la literatura jurídica novohispana. Los trabajos se publicarían en una *Bibliotheca Jurídica Latina Mexicana*, que ahora cuenta con dos volúmenes publicados y tiene dos más en prensa. En 1983 se acordó con el Colegio de Michoacán la realización de un proyecto académico que incluía, además de la investigación de los textos latino-mexicanos, la organización de una maestría dirigida al conocimiento de la

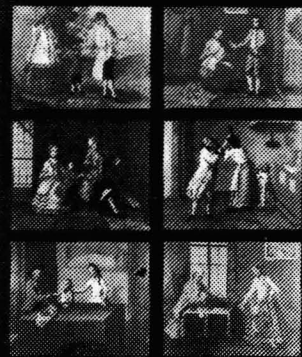
ondo de Cultura Económica

Arturo Uslar Pietri

LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO



Arturo Uslar Pietri
La creación del Nuevo Mundo



Esta obra reúne varios escritos del autor sobre Hispanoamérica, su originalidad cultural, la búsqueda multicenteneria de su identidad, su contradictorio pasado, su difícil presente y las vías posibles de su porvenir.

De venta en librerías



cultura mexicana a partir del estudio de sus raíces: la cultura indígena y la cultura europea clásica y cristiana. En los tres años de vida que tuvo este convenio participamos varios investigadores del Centro: Julio Pimentel, José Quiñones, Germán Viveros, Ignacio y yo. Ignacio impartió algún curso y presentó una ponencia en el coloquio sobre "Humanismo y ciencia en la formación de México"; yo permanecí dos años en Zamora como profesor e investigador de aquel Colegio; participé en la elaboración del plan de estudios de la maestría, impartí algunos cursos y adelanté un proyecto de investigación sobre los clásicos en la educación del siglo XIX. En 1985 se organizó con el Instituto de Investigaciones Filosóficas un grupo de trabajo con el propósito de estudiar la literatura filosófica mexicana escrita en latín. Para recoger los frutos de este proyecto se creó la *Bibliotheca Philosophica Latina Mexicana*, que ya consta de seis volúmenes. A partir de este grupo, coordinado por Mauricio Beuchot, en 1987 organizamos el "Primer Encuentro de investigadores de la filosofía novohispana". Estas reuniones se han realizado anualmente en distintas ciudades del país. Ignacio mostró siempre el mayor interés por la realización de estos encuentros, y ambos participamos en todos ellos: en el primero, realizado en El Colegio de Michoacán en 1987, Ignacio leyó una conferencia magistral acerca de las fuentes bibliográficas y documentadas de la filosofía novohispana; en el segundo, suspendido a última hora en 1988, y llevado a cabo en la Universidad de Guadalajara en 1989, presentó una ponencia sobre Francisco Xavier Alegre. Cuando se realizó el tercero (noviembre de 1990), en la Universidad de Zacatecas, ya Ignacio era director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas; no pudo asistir, pero envió conmigo una ponencia titulada "Atanasio Kircher y la ciencia novohispana del s. XVII", y yo mismo la leí. El "Cuarto Encuentro de investigadores de la filosofía novohispana", que se realizará en la Universidad de Aguascalientes, ha sido convocado ya conjuntamente por el Centro de Estudios Clásicos, la Universidad de Aguascalientes y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

Los investigadores del Centro de Estudios Clásicos habíamos sentido inquietud por participar en asociaciones internacionales y por buscar foros de comunicación con los colegas de otros países. Después de algunos intentos que no cristalizaron, en 1989 se presentó una oportunidad que nos pareció apropiada para iniciar estas relaciones. Se organizaba en la Universidad de Toronto el VII Congreso Internacional de Estudios

Neolatinos. Ignacio, José Quiñones, Mauricio Beuchot y yo asistimos a esta reunión y presentamos ponencias. Ignacio había inscrito una ponencia sobre los indios latinistas del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Cuando llegamos a la sede del Congreso, un colega polaco se adelantó a saludarnos diciendo casi a gritos: "mexicanos, los indios latinistas". Después reíamos de buena gana con el recuerdo de ésta y otras intemperancias del amigo polaco. A nuestro regreso pudimos informar a la directora de nuestro Instituto que habíamos triunfado en toda la línea: se había organizado una mesa especial sobre el neolatín mexicano, se había considerado al Centro de Estudios Clásicos como una de las instituciones patrocinadoras de los congresos de estudios neolatinos y se había reconocido al español como una de las lenguas oficiales de la Asociación. El VIII Congreso Internacional de Estudios Neolatinos se realizó en Copenhague del 12 al 16 de agosto de este año. Habíamos preparado con tiempo nuestra participación, pero no asistimos. Tuve que enviar algunas ponencias por DHL en el último momento, pero no la de Ignacio; él no pudo ya terminar la suya.

La reunión en Toronto nos había brindado la oportunidad de conocer a un profesor norteamericano, Arnold Kerson, del Trinity College de Hartford, Conn., quien ha dedicado su labor de investigación al estudio de los humanistas mexicanos del siglo XVIII. Ya antes habíamos tenido noticia de la *American Society for Eighteenth Century Studies*; pero gracias a él entramos en contacto con un grupo de profesores de esta Sociedad interesados en la literatura e historia iberoamericanas. En abril de 1990 se realizó en Minneapolis el XXI Congreso de esta Sociedad. Preparamos algunas ponencias para esa reunión. Ignacio había sido nombrado recientemente director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, y no pudo asistir, pero envió su trabajo. Fruto de esa reunión fue la organización de una filial iberoamericana de la ASECS, es decir la "Iberoamerican SECS". A menudo bromeábamos inocentemente con el nombre de nuestra naciente sociedad. En abril del año en curso se llevó a cabo la XXII reunión de esta Sociedad en la Universidad de Pittsburgh. Al grupo mexicano correspondió la organización de una mesa de trabajo sobre la educación en el siglo XVIII. Ignacio, como en la ocasión anterior, no pudo asistir, pero envió puntualmente su ponencia, que trata del *curriculum* académico de José Ignacio Bartolache.

Otras acciones se fueron derivando, en un modo u otro, del proyecto de inventario

y estudio de los textos latinomexicanos bibliográficos y documentales. Ya sólo mencionaré lo siguiente: a iniciativa de Julio Alfonso Pérez Luna, estudiante de Letras Clásicas y trabajador del INAH, y con el apoyo de la maestra Stella González Cicero, directora de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, en 1988 se firmó un convenio entre el INAH, la Facultad de Filosofía y Letras y el Centro de Estudios Clásicos para hacer el inventario de los fondos bibliográficos conventuales que custodia la biblioteca del Museo Nacional de Antropología. El trabajo se realizaría con la ayuda de un grupo de alumnos de servicio social y con la asesoría del Centro de Estudios Clásicos. El proyecto logró atraer el entusiasmo de los alumnos de Letras Clásicas y el interés de varios neolatinistas tanto del Centro como de otras dependencias; colaboramos de diversos modos Ignacio, Concha Abellán, Jesús Yhmooff, yo mismo y algunos otros investigadores. Muy pronto esta acción se extendió a todos los fondos bibliográficos antiguos que guarda el INAH en sus diversos centros regionales. En este año que corre o en los primeros meses del próximo, según nos han informado, se concluirá totalmente el inventario.

Cuando, por 1983, la Dirección de Bibliotecas de la SEP emprendió la elaboración de las historias de las bibliotecas públicas del país, Ignacio formó parte del equipo que organizó el proyecto, y además tomó a su cargo la historia de las bibliotecas novohispanas. El trabajo correspondiente a las bibliotecas de Michoacán se encomendó al Colegio de Michoacán. Yo estaba entonces en esta institución como investigador visitante, y en algún momento se me pidió que me encargara de este trabajo; pero no pude aceptar. El libro de Ignacio se publicó en 1986. Posteriormente se hizo cargo también de la historia de las bibliotecas de Puebla, trabajo que apareció en 1988.

En 1989 Ignacio y yo constituíamos una especie de mancha en nuestra dependencia: de los fundadores del Centro de Estudios Clásicos, éramos los únicos que no habíamos presentado nuestra tesis doctoral. Él colaboraba entonces en la Facultad de Filosofía y Letras como encargado del Centro de Educación continua y proyectos especiales; yo era coordinador del Centro de Estudios Clásicos. Comentábamos y lamentábamos nuestra situación durante las frecuentes conversaciones que teníamos y nos dábamos cuenta mutuamente de nuestros avances. El doctor Rubén Bonifaz Nuño era el asesor de ambos. Terminamos nuestras tesis casi al mismo tiempo y realizamos los trámites por los mismos días. Finalmen-

te yo gané la carrera: presenté mi examen el día 16 de julio de 1989; Ignacio presentó el suyo tres semanas después. Él fue miembro de mi jurado, y yo lo fui del suyo. Nuestras tesis se publicaron en la *Biblioteca Humanística Mexicana* del Centro de Estudios Clásicos: yo recibí los primeros ejemplares de la mía, *Loa de la Universidad*, el 11 de julio de 1991; Ignacio recibió los primeros ejemplares de la suya, *El sueño criollo*, ocho días después.

Antes de la publicación de nuestras tesis, ambos, más por solicitud de otras personas que por iniciativa propia, reunimos un grupo de artículos y conferencias y las publicamos en forma de libro: el de Ignacio se llama *Conquistar el eco*, y fue publicado en 1989 en la *Biblioteca de Letras* de la Coordinación de Humanidades; el mío se titula *Savia perenne*, y fue publicado por el Instituto de Cultura de Tabasco en 1990.

Convertidos ya en doctores, en septiembre de 1989 Ignacio y yo nos encontramos en Roma. Él había renunciado algunas semanas antes a la dirección del Centro de Educación continua y proyectos especiales en la Facultad de Filosofía y Letras; yo terminaría pocos meses después mi periodo en la coordinación del Centro de Estudios

Clásicos. El primer día cenamos juntos, caminamos por la ciudad hasta muy noche y platicamos de nuestros trabajos en los repositorios italianos y de nuestros proyectos para el año sabático: él había planeado pasar una temporada en la Universidad de Ann Arbor y hacer después una estancia en Barcelona; yo me proponía trabajar seis meses en Morelia y después pasar unos meses en España. Pero yo llevaba un recado para Ignacio de parte de Roberto Moreno, entonces Coordinador de Humanidades: que se comunicara con él de inmediato y que regresara a México cuanto antes. Él estaba por terminar su estancia en Roma, y regresó a México cinco días después; yo permanecí en Roma veinte días más. Cuando regresé —me lo imaginaba— Ignacio ya había sido nombrado Director General de Publicaciones. Pocos meses después su nombre fue mencionado con insistencia para que se incluyera en la terna que el rector presentaría a la Junta de Gobierno para que se nombrara el nuevo director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas. La Junta de Gobierno lo eligió unánimemente. Tomó posesión del cargo el día 20 de marzo de 1990. Me invitó a colaborar con él como secretario académico,

“para que echáramos a andar algunos de nuestros proyectos”. Renuente en un principio, acepté finalmente y en mayo me incorporé al trabajo.

Poco más de un año duró su gestión. En ese corto lapso Ignacio meditó, soñó y delineó un proyecto de Instituto en el cual se conjugan las funciones de una Biblioteca Nacional con las tareas que debe cumplir un instituto universitario de Investigaciones Bibliográficas. Dentro de este marco y para cumplir con los propósitos fundamentales del Instituto, promovió el cumplimiento y la reforma de la llamada ley del depósito legal —que en nuestro caso es un decreto— e inició los trabajos conducentes a la unificación de los acervos de la Biblioteca y la Hemeroteca Nacionales. Empezó, entre otros, los siguientes programas:

- Catalogación unitaria y sistemática del Fondo Reservado.
- Inventario general de los fondos bibliográficos antiguos, llamados en conjunto Fondo de Origen.
- Complementación de la Colección Nacional.
- Automatización y agilización de los procesos técnicos y los servicios de la Biblioteca y la Hemeroteca.
- Elaboración de la Bibliografía Mexicana del siglo XIX.
- Publicación de las obras fundamentales de nuestra bibliografía.

Retomó proyectos de interés nacional que se habían suspendido, como la elaboración de las biobibliografías de escritores de los estados. Finalmente, con visión clara del papel que corresponde a la Biblioteca Nacional en el ámbito de las bibliotecas y la bibliografía del país, dio los primeros pasos en un proyecto que deberá culminar con la formación de un inventario unificado del patrimonio bibliográfico nacional.

Ignacio y yo nos vimos por última vez el día 20 de julio, en Ucareo, en la casa de mis padres. Sentados en el corredor con Jeanette y mi hermano Flavio, disfrutamos plácidamente una tarde de lluvia sobre la huerta; visitamos después el convento, el templo y la cruz atrial del pueblo. Desgraciadamente no pudimos visitar la biblioteca; yo deseaba presumirle sus doce mil volúmenes y sus tres salas. Nos despedimos al filo de las seis de la tarde y convinimos en que nos reuniríamos en México durante la última semana de vacaciones para platicar de los proyectos y problemas del Instituto. La cita quedó pendiente. Una muerte inesperada y dolorosa nos lo arrebató. ◇

Universidades Revista de la Unión de Universidades de América Latina UDUAL

En su número 4, 2ª época, continen:

Desescolaricemos la enseñanza humanística: volvamos a las clases de charla y café * Volúmen de actividad de Posgrado en el mundo, 1990 * ¿Cómo se explica la debilidad del Estado para la defensa de los Derechos Humanos? * De la publicación oral a la publicación impresa * Declaración final de la II Cumbre Iberoamericana * Comentarios bibliográficos * Suplemento: Documentos de nuestra América. Las negociaciones de paz del El Salvador (II)

De venta en librerías de la UNAM.